

Helena de Troya

Javier Pérez



Capítulo 1

Helena de Troya

Todo parecía indicar que Helena, hija de Zeus y de Leda de Esparta era de una belleza tal, que trascendía las fronteras de Laconia. Ninguna mujer, salvo que medie una razón económica o de estricta insania, es raptada dos veces en su vida por otro motivo que no sea el de un ardor inspirado en su hermosura. No habiendo cumplido la mayoría de edad fue arrebatada de su hogar por el gran Teseo, señor de Atenas, matador de monstruos y bandidos, seductor de mujeres y Amazonas. Cuarenta años mayor que ella, no había perdido el buen gusto por la belleza ni el apetito por un fruto de los dioses, aunque este aún no estuviera del todo maduro.

Restituida a Esparta por sus hermanos, Helena acrecentó su fama de beldad inalterable y con el correr del tiempo su padraastro Tyndaro, temeroso de que la princesa fuese objeto de otra fechoría, convocó a todos los príncipes de Grecia para entregarla en matrimonio. La elección recayó en Menelao, hermano del poderoso rey de Micenas, Agamenón. La pareja vivió feliz varios años y tuvo una hija, Hermíone. Sin embargo estas circunstancias no impidieron que la exquisitez de Helena fuese una vez más motivo de una violación a su libertad personal. Mucho se ha hablado sobre este segundo rapto y algunos se atreven a afirmar que no fue tal sino una fuga producto de un amor a primera vista entre la agraciada beldad y un príncipe troyano de nombre Paris que visitaba Esparta en misión diplomática.

Lo demás es historia conocida: los grandes señores aqueos cumplieron con su palabra y acudieron al llamado desesperado de Menelao. Al frente de una armada numerosa y heterogénea pusieron rumbo a Troya, cuyos muros inexpugnables dispusieron de la diva robada, exigiendo su devolución. Ante la negativa troyana los griegos se dieron a la lucha, eran tiempos en que podía esperarse que el diálogo fuese tan solo consecuencia de la extenuación de la guerra. Y a veces ni eso.

El enfrentamiento duró diez años y hubo de todo: batallas campales, duelos singulares, deseos homosexuales, suicidios, lealtades, saqueos, pasiones bisexuales y heterosexuales, intervenciones divinas, traiciones, persecuciones espectaculares, adulterios, magnicidios, huidas increíbles, intervenciones no tan divinas, estrangulamientos de todo tipo: comercial, de hernia abdominal, intestinales, de cuello, violencia de género, filicidios, esclavitud, deportaciones, violaciones, burlas y hasta

indiferencia.

Mientras tanto el tiempo también transcurría para Helena, condicionada por su cautiverio y su sensualidad a mantener relaciones obsesivas con su secuestrador. Así dio a luz a una hermosa beba y a cuatro robustos varones, Helena, Córito, Bunomo, Ágamo e Ideo, a un promedio de un embarazo cada dos años con las consecuencias previsibles para cualquier mujer que mantenga un ritmo tal: distensión de la piel abdominal, aparición de estrías en caderas, nalgas y muslos, exuberante crecimiento del vello en la cara, brazos y piernas, aumento de la sudoración, activación de las glándulas sebáceas responsables del surgimiento del acné, varicosidades venosas y esos remanentes grasos acumulados sucesiva e involuntariamente después de cada preñez.

Entre gestación y gestación la bella se volcaba al deleite de la cocina epicúrea característica de una ciudad cosmopolita como Troya, en especial los postres, auténticos símbolos de la hospitalidad del oriente medio. No había forma de resistirse al pastel elaborado con ricota y nuez o las milhojas cuadradas o al sabor de los bollos de miel y merengue.

La guerra con todo su horror golpeó a unos y a otros y se llevó a grandes héroes como Aquiles, Héctor, Troilo, Ajax y Paris, pero las murallas de Ilión permanecieron incólumes hasta que a Odiseo se le ocurrió lo del caballo de madera y un puñado de griegos – el rey espartano entre ellos – pudieron penetrar en el corazón mismo de la ciudad. Mientras esperaban la suerte del engaño en el interior del jamelgo de fantasía, Menelao desmigajó los recuerdos que lo ataban a Helena y a su belleza. Había aguardado muchos años y superado innumerables escollos que, estando tan cerca de recuperar lo que tanto ansiaba, no pudo evitar exhalar un profundo suspiro coronado por una exclamación – que bien pudo haber sido de dolor o de gozo o ambos a la vez – y se ganó la censura airada pero silenciosa de Odiseo y Diomedes quienes yacían ocultos junto a él en el vientre equino.

Ebrios de victoria y de alivio, los troyanos ni cuenta se dieron del olor a muerte que emanaba de la ofrenda de madera y en medio de la noche abrieron los ojos al terror griego sin poder hacer nada. Menelao corrió desesperadamente por las calles en busca de su esposa, le habían dicho que luego de la muerte de Paris había sido entregada a uno de los tantos hijos del rey Príamo. Al ingresar al palacio real sorteó una última e inútil resistencia troyana con la ayuda del itaquense, fecundo en ardidés, y cuando por fin encontró lo que tanto buscaba se quedó petrificado como si de Medusa se tratara. De atrás de una columna y de una sonrisa entre tímida y temerosa surgió Helena. El tiempo, las gestaciones y las indigestiones habían hecho su obra.

“¿Helena?” inquirió Menelao. A su lado Odiseo lo observaba. A pesar de su audacia y de su temeridad, él tampoco se animó a formular la pregunta de manera correcta: “¿por esto vinimos?” y prefirió guardar silencio.

